

alberto f. carvajal

La Dama Rota



La Dama Rota

Alberto F. Carvajal

Copyright © 2025 A. F. Carvajal.

Todos los derechos reservados.

ISBN:
ISBN-13:

<https://ladamarota.com>

Ediciones Malarracha | <https://malarracha.es>

Diseño portada | C&P Avadantis SL | <https://www.carvajalyportell.com>

Todos los derechos reservados.

Ana, Adrián, Ángela: a vosotros, que hacéis de lo cotidiano algo excepcional.

*¡Ah!, y a nuestro puñetero gato neurodivergente y naranja,
que también hace de lo cotidiano... un sindió.*

Hospital de Cruces, Barakaldo, 14 de septiembre de 2009

El doctor Barturen no tenía claro si debía dar la conversación por terminada. Observaba, con prudencia, los párpados hinchados y enrojecidos de la mujer, que contemplaba el cadáver que reposaba sobre la camilla de acero inoxidable como si quisiera aprendérselo de memoria. Ella consiguió, al fin, despegar sus labios:

—Tiene una expresión de mucha paz en su rostro...

El doctor Barturen no dijo nada. Él sabía que las expresiones plácidas eran producto de las muertes más difíciles; las agónicas, indigestas, pesadas y lentas; en las que al cuerpo le daba tiempo de poner en marcha todos sus mecanismos de defensa, en las que las endorfinas se irrigaban por todo el caudal sanguíneo haciendo que las víctimas vieran túneles que terminaban en una luz inmensamente blanca mientras se sentían invadidos por una profunda sensación de bienestar. Una especie de último alivio después de minutos, horas, días o incluso meses de angustioso dolor, de pánico y solitaria agonía.

Las muertes rápidas, violentas, sobrevenidas y fáciles, siempre dejaban cadáveres con expresión de pánico, sorpresa o de disgusto. Y este no había sido el caso.

PRIMERA PARTE

LA AGUJA DE MAREAR (EL DESTINO)

«Barreta de acero tocada a la piedra imán que, puesta en equilibrio sobre una punta, se vuelve siempre hacia el norte y, colocada en el centro de la rosa náutica, sirve de gobierno a los navegantes para dirigir su rumbo. De uso obligado en los buques de la marina castellana desde el S. XIII».

1

Bilbao, 11 de septiembre de 2009

Todas las ideas rebotaban en su cabeza de manera entrópica y apocalíptica mientras abandonaba el parking del hospital de Cruces. Nunca tenía claro si había que introducir la tarjeta con la banda magnética hacia arriba o hacia abajo para que se levantase la barrera... ¡Aaaaahora!.

Tenía unas ganas intensas de llorar. Mientras esperaba en la sala de la consulta estuvo recordando que aquel día habían tomado una última copa en un pub de Mazarredo y que Óscar le había acompañado hasta su casa, en Deusto. También se acordaba de que hoy daban «*Anatomía de Grey*» en Cuatro. A veces surgen ideas intrusas cuando te encuentras en medio de una situación que va a condicionar el resto de tu vida. Es como si la cabeza, en realidad, tuviese forma de embudo a través del cual intentasen pasar, al mismo tiempo, miles de millones de ideas sensatas, pertinentes y coherentes y, entonces, por efecto Venturi, aumentasen su velocidad desproporcionadamente arrastrando junto a sí a otras pocas absolutamente fuera de contexto.

¡Ya está! Ya se le había disparado el lagrimal. Era producto de esa sopa cáustica y corrosiva que confeccionaban periódica e inoportunamente sus hormonas y que le hacían querer llorar, pegar, escupir, gritar y maldecir. Todo al mismo tiempo. Quería no ser ella misma: desaparecer, explotar por los aires y emanar dispersa, en suspensión, extensa, en silencio... huír hacia cualquier otro lugar lejano.

Se miró el vientre. Era bonito y plano. ¿Cómo era posible que se estuviese gestando una vida ahí dentro? Se sintió una mierda. Una especie de factoría industrial decadente y gris. Una fábrica oriental y musgosa de paraguas de mercadillo. Una *Thermomix* oxidada con chorretones grasientos desbordándose por los costados. El ginecólogo había sido extraordinariamente claro: «Estás embarazada de... mmm...»

—empezó a girar el disco con la parsimonia y la seguridad de quien había estado haciendo eso mismo treinta veces al día durante los últimos quince años— «...mmm... doce... más dos, icatorce semanas!» Levantó la vista y se quedó mirándola por encima de las gafas con una especie de sonrisa expectante y ambivalente que parecía querer decir: «¡La jodiste, guapa, la que se te viene encima!» o «¡Enhorabuena, guapa, la que se te viene encima!»

¡No era posible! No tenía una regla: tenía una excepción. Iba y venía a su antojo hasta que dejó de hacerlo. ¡Embarazada! Se imaginó a sí misma con una tripa como la de una ballena: estriada, flácida y descolgada debajo de unas tetas enormes, surcadas por venas azules, varicosas y palpitantes, con unos pezones como moras silvestres en julio, que rezumaban calostro a borbotones. Sintió asco y unas ganas tremendas de vomitar.

Recordaba perfectamente que aquel día había sido ella quien le pidió a Óscar que la acompañase hasta la misma puerta de su casa, con el pretexto de que por la noche le daba miedo subir sola hasta el quinto piso. ¡Fíjate que tontería!

Mientras conducía hacia su casa los recuerdos seguían agolpándose dentro de su cabeza. No practicaba sexo todos los fines de semana, ni mucho menos. Pero ese día había surgido así. Se sintió muy excitada mientras besaba, supuestamente a modo de despedida, a su pareja casual frente a la puerta del portal. Este apestaba a whisky y a tabaco, y le amasaba las tetas con bastante torpeza. Aun así, a ella le apeteció.

Se habían separado de los compañeros de la Comercial en Jardines de Albia y se fueron hasta Mazarredo. Ellos dos. Solos. Era como si hubiesen hecho la cosa más prohibida del universo: un auténtico desafío al *establishment* universitario. A partir de ahí habían estado hablando, riendo, criticando a algunos compañeros de clase y metiéndose mano —torpemente— por debajo de las mesas de los bares, mientras se comían las bocas con dentelladas caninas.

Óscar era majo, bastante guapo, atento y siempre parecía estar contento cuando te lo encontrabas por los pasillos de la universidad, como si acabase de salir del baño. De hecho, Amaia andaba como loca detrás de él desde primero de carrera. Seguro que la muy perraca soñaba con llevarlo al altar; y con lucir un vestido de boda con escote palabra de honor; y con que le hiciese niños; y con que le diera besos al llegar a casa, cansado de trabajar, acompañándola luego con un eterno destello entre los dientes a Carrefour; y probablemente se lo imaginase también junto a un telescopio, bien entrada la noche, explicando al mayor dónde quedaba exactamente Fra Mauro y por qué demonios

tenemos que resignarnos a ver siempre la misma cara de la luna; o diagramando sobre una pizarra el proceso de la fotosíntesis; o diciéndole a la chiquitina de la casa que el viento no era más que el aire en movimiento. La mayor parte de las chicas de clase decían de él que era mono. Así. Sin más. Mono es como decir que no da asco, pero que tampoco quieres llevártelo a casa para que lo vea tu padre. Vamos, que no te apetece que se conozcan y que se empiecen a preguntar cosas, ni que le invite al *txoko* o que se vean una final de un Master 1.000 juntitos, explicándose las inconveniencias de ese revés *liftado*, como si realmente entendieran una mierda de tenis.

Volvió a mirarse el vientre plano y soltó la mano derecha del volante para acariciarlo. Estaba caliente. Pensó que, probablemente, su cerebro estaría enviando órdenes a su cuerpo en ese preciso instante para que el mayor caudal de sangre posible se dirigiese hacia la tripa y, así, hiciera entrar en calor al feto, al que había que preservar por encima, incluso, de la propia salud de la madre. Puede que el propio gesto de acercar la mano hasta él fuera una especie de orden subliminal, un acto reflejo destinado a dar calor a la bestia que estaba tomando forma en sus adentros. De hecho, ella siempre tenía las manos frías y, en aquel momento, las sentía ardiendo.

También recordaba que tenía los dedos helados cuando levantó el polo de Óscar y desabrochó su cinturón. Él se había cansado de intentar soltar el sujetador con disimulo. Cuando se perdió la guerra con los corchetes simplemente subió las cazoletas por encima del pecho y empezó a retorcer sus pezones como si estuviese intentando sintonizar Onda Cero. Ella mantuvo algo más de tranquilidad. Con Gonzalo, su ex, había aprendido unas cuantas cosas por medio del procedimiento ensayo-error. Con la mano izquierda sacó el polo de debajo del pantalón y lo atrajo hacia sí, mientras que con la derecha soltó el cinturón de hebilla tradicional y desabrochó los dos primeros botones de la bragueta de sus vaqueros. Solo los dos primeros. Notó inmediatamente el escalofrío que recorrió todo el cuerpo del chaval. Se estaba volviendo loco. Lo tenía. Lo sabía. Aquello era imparable. No había vuelta atrás.

—¿Entramos?

—¡No, que están mis padres! —Maite miró a los lados, como si estuviera calculando de manera acelerada—. ¿Tienes un condón?

Óscar no contestó. O no quiso contestar. Solo urgió:

—¡Vamos a algún sitio!

Empezaba bajar las escaleras totalmente congestionado, cuando Maite le detuvo:

—No. Espera. Vamos arriba.

Óscar se dio la vuelta y subió las escaleras de dos en dos; con las pupilas dilatadas, la boca seca y el 70% de su volumen sanguíneo en torno al área del vientre; arrastrando a su presa tras de sí. En el siguiente descansillo se acababan los tramos de escalera y ya no había viviendas, solo estaba el cuarto del ascensor. Maite se quitó la camiseta de Tommy junto con el sujetador, dejando a la vista un pecho que Óscar no habría imaginado ni en el mejor de sus sueños. Se sintió escaso de extremidades para tanto deseo. Bloqueado. Hubiese querido ser como un dios hindú; con cuatro o seis brazos y un tercer ojo en la frente. No sabía ni por dónde empezar. Maite se soltó los botones de los vaqueros, despacio, uno a uno, dejando entrever unas preciosas braguitas a rayas horizontales en marengo y añil. Estaba disfrutando con aquel juego de dominación. ¡Si Amaia la viese, la muy tonta! Empezaba a sospechar que Óscar nunca había visto a una mujer desnuda más que en Pornhub. Parecía tener todos sus sistemas sobrecargados, cerca del colapso. Lo tenía enfrente: egoísta, desamparado y sobón; bajándose urgentemente los pantalones y los bóxer para dejar a la vista unos genitales discretos pero hormonalmente invencibles, descarados y suficientes. Maite le recordó el preservativo y él tuvo que confesar entre dientes:

—No tengo.

—¿Qué?

—¡No tengo! —repitió casi enojado.

—¡Pues no podemos hacerlo!

Óscar pareció romperse. Estaba hundido. A pesar de que no le quedaba apenas sangre en la cabeza intentaba desesperadamente buscar una última solución. Un resquicio. Tenía esa mirada ineficaz del que se sabe inútil y totalmente a merced del destino. Entonces Maite le ofreció el premio de consolación:

—Acércala, pero sin meterla.

Óscar se llegó hasta ella y le arrancó las braguitas de un tirón tras un breve forcejeo. Maite se sintió confundida aunque excitada a la vez. Sabía que estaba estupenda porque esa misma tarde se había depilado. Notaba los labios de su oponente jugueteando en su pecho y, cuando se quiso dar cuenta, lo tuvo dentro, totalmente fuera de sí, sudando, embistiendo como un animal irracional. Lo peor fue que, al principio, a ella tampoco pareció preocuparle en exceso. ¡A la mierda! Le excitaba el regusto de lo prohibido: sentirse perforada, en pecado y en peligro, allí, a un simple forjado de las cabezas de sus padres, desafiando al mundo, a los hombres, a las bestias y a sus dioses; por encima del bien y del

mal, con sus manos en garras arañando los hombros del, hasta hacía tres o cuatro horas, distante compañero de clase. Pero entonces sonó en su nuca el motor del ascensor.

—¡Quieto! ¡Para! ¡Sácala!

Óscar estaba jadeando. Sentía los latidos del corazón martilleándole las sienes. El ascensor se detuvo. Había llegado hasta la planta baja. Dos... tres... cuatro... cinco segundos después se cerró la puerta y empezó a subir. Mucho. Muy rápido. Solo podía ser Jokin, el hijo de los Ibarra, los vecinos de enfrente, que volvía de andar de marcha con sus amigos pastilleros. «No respires, Óscar, por Dios». Óscar casi no respiraba. Sudaba y estaba congestionado como un deportista después de un partido pero intentaba, con una mueca ridícula, exhalar por la boca sin que el aire le tocara los dientes, sacándolo poco a poco, tan sin hacer ruido como le era posible. Se oyó como Jokin introducía con sigilo la llave en la cerradura y les pareció una eternidad el tiempo que transcurrió hasta que notaron que cerraba la puerta y la aseguraba con dos vueltas. Maite comprobó que, de la erección de Óscar, no quedaban ni los restos. De su propia excitación tampoco quedaba nada, había dejado mucho sitio libre para que se asentase el sentido común. Ahora, su pareja ocasional le parecía ridícula. Ahí: desnudo, descalzo, congestionado... en calcetines.

—Lo siento. Será mejor que te vayas.

—¿Qué dices? ¡No jodas! Vamos a volver a...

Maite no le dejó terminar.

—En serio. No me apetece. Ha sido un corte de morón. Además, sin protección es una mierda.

Óscar se agachó, cogió su polo, lo sacudió enérgicamente como para disipar su rabia y se lo metió por la cabeza con cara de disgusto. Recogió también del suelo los pantalones y su bóxer y, una vez se los hubo puesto, dio media vuelta, dijo adiós entre dientes, y empezó a bajar las escaleras sin mirar a Maite a la cara.

Apenas habían vuelto a cruzar tres o cuatro palabras en los pasillos del campus de Deusto durante los exámenes finales y siempre lo hacían de manera inercial, cuando había más gente junto a ellos, para tratar cuestiones intrascendentes. Y ahora ¿estaba embarazada de aquel estúpido polvo sin orgasmo ni eyaculación? Se sentía como una niña estúpida. ¿Para qué le había servido la metódica educación sexual? Decenas de bienintencionadas diapositivas, filminas que decían las monjas de Ayalde, tiradas por el sumidero. Sabía de sobra que la marcha atrás es una jodida ruleta rusa. ¡Qué idiota había sido! ¿Qué le

podría decir a sus padres? «Hola *aita, kaixo ama*... qué os iba a decir... estoóóo... estoy embarazada. Mmmmm... de tres meses ya, aunque no se me note». ¡Eso no era posible! Conocía bien lo que era la descodificación aberrante. Una cosa es lo que tú consigues decir de lo que tienes en la cabeza y otra cosa es lo que, quien te oye, alcanza a interpretar de lo que escucha. Un «estoy embarazada» de una hija se convierte en un «he estado follando por ahí» o en un «ahora que pensabais que casi os habías librado de mí, vais a tener que cambiar los pañales de mi niño» en la cabeza de unos padres.

Miró de nuevo su vientre. También podría abortar, aunque la simple idea le angustiaba. Las lágrimas le estaban corriendo todo el rímel. Lo observaba con incredulidad y no podía ni imaginar que allí se estuviese formando una vida de la nada, poco a poco, como la imagen que surge al sumergir papel fotográfico en líquido revelador. En su interior, un puñado de insignificantes células de mierda estaban ahora mismo dividiéndose febrilmente, sumergidas en una efervescente mucosidad, a modo de excipiente, sobre la que conformar un pequeño y complejo hardware cárnico, en el que correr un software capaz de arruinar la vida a cualquier madre prematura.

La persona que conducía el Audi A3 debía tener poca estatura porque su cabeza no sobresalía por encima del reposacabezas. Pudo ver que las ruedas eran más anchas de lo normal y las llantas brillaban exageradamente. Se incorporó a la autopista detrás de la hormigonera blanca y roja y, sin mirar ni utilizar el intermitente, invadió el carril por el que circulaba Maite que, por simple acto reflejo, apartó la mano de su vientre plano y aplicó los frenos a fondo, dando un volantazo hacia la izquierda. Pudo ver cómo se abalanzaba contra la mediana de la carretera e intentó girar el volante en sentido contrario, pero a partir de ese momento notó que el coche tomaba el mando, empezaba a cabecear y salía girando como una peonza, como si tuviese vida propia. Antes de que el cristal saltara en mil pedazos, comprobó con impotencia cómo se acercaba a gran velocidad contra lo que debía ser el depósito de gasolina cilíndrico de un camión gigante. A esa distancia, mucho más. Entonces se formó una joroba en el capó delantero y escuchó un ruido espantoso, como el que produciría un hombre orquesta al caer sobre un lucernario. Después vino una fuerte sacudida, una explosión, fuego en la cara, un dolor intenso y un pitido agudo y continuo en los oídos, como cuando acopla el micro en un concierto. Empezó a sentir un

dolor frío en el hombro y una gran dificultad para respirar, como si el aire que metía en los pulmones fuese insuficiente. Debajo del estómago no notaba nada. Bueno sí... lo notaba húmedo, como si se hubiese hecho pis.

Entonces abrió los ojos y vio el desastre. El salpicadero estaba totalmente reventado y, aunque la radio seguía sonando, en su lugar había una pieza de metal grande, nervada, con forma acampanada, que debía ser el motor o alguno de sus componentes, ¡qué coño sabría ella! Lo intentó apartar, pero estaba muy caliente y se quemó. Pudo ver que había algo debajo. Lo miró mejor y vio que era una pierna, aplastada, rota y arrancada de cuajo. Sintió asco. Pudo ver su extremo ensangrentado empapado con aceite quemado del motor. No entendía qué hacía allí. Entonces le vino una idea a la cabeza, fugaz como un relámpago, y sintió auténtico pánico: ¿Y si fuese la suya? ¡Era imposible! ¡Si no notaba dolor por debajo del hombro! ¡Dios! ¡No podía ser verdad que hubiese perdido una pierna! La angustia le secó la garganta. Intentó tragar saliva y escuchó, por primera vez, su propia respiración: jadeante y entrecortada como la de un asmático. Entonces recordó el feto y se asustó mucho más. ¡Había tenido un accidente! ¡Tal vez el niño hubiese muerto! Un incipiente, ajeno y extraño instinto maternal le empujaba a preocuparse por aquel minúsculo fragmento de vida que se había pasado en su interior. Abrió la boca y dijo, con un leve hilo de voz:

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Le extrañó oír su voz tan débil. Tan lastimada. Tan casi como de otra. Levantó como pudo la bolsa del airbag para ver su vientre plano, para protegerlo con el calor de su mano. No debió hacerlo. De un profundo corte bajo el ombligo pudo ver como le colgaba parte del intestino. Entonces sintió como la carne de la cara se le encogía y se estremeció con el pavor de los que son conscientes de que están consumiendo los últimos instantes de su vida. Afortunadamente, las endorfinas ya estaban entrando en acción y le hicieron sentirse mejor. No feliz, pero sí distante, casi indiferente. Lentamente se distribuyeron por entre los astillados restos de su reventado cuerpo y le produjeron un sueño urgente, como el de los quirófanos y, a su lado, junto a la ventana, pudo oír una última voz, amortiguada, extraña y asustada, que gritaba con desesperación:

—¡Santo Dios, que alguien llame a una ambulancia!

2

Héctor Álvarez circulaba por el carril de la izquierda de la A-8 — principal fuente de conflicto entre los vizcaínos— cuando vio cómo el Volkswagen Golf que le precedía frenaba con decisión. Aunque conducía muy por encima de los límites legales de velocidad, guardaba una prudente distancia de seguridad, así que no tuvo problemas para detener su Mini Cooper mientras se aseguraba por el retrovisor de que el vehículo que le seguía también tuviera tiempo para frenar. Eran las seis y diez de la tarde y ya había un importante caos circulatorio en los accesos a Bilbao. Allí estaba: parado en plena recta, junto al centro comercial Max Center y sin una puñetera línea que publicar para mañana. Había quedado con un par de antiguos compañeros de facultad para tomar un café a media mañana y habían acabado zampándose una alubiada en La Arboleda, en el baserri de Jokin.

Era tarde. Ya casi no tenía tiempo de redactar nada antes del cierre. Tendría que tirar del informe publicado ayer por la Cámara de Comercio de Bilbao, del que se desprendía que la zona más barata de Vizcaya para hacer una compra doméstica media era el Casco Viejo de la capital. Volvía a su rutina diaria. Después del pequeño paréntesis del día, tocaba regresar a las informaciones de mierda que le estaban pudriendo la vida. Volvía a escribir sobre asuntos mediocres, intrascendencias locales. Y eso si llegaba a tiempo para hacerlo, porque los coches que había en la retención no parecían moverse ni un mísero centímetro. De hecho, el conductor del Golf detenido frente a él había bajado del coche en un par de ocasiones, acercándose hasta la mediana y estirando el cuello como un suricato, intentando ver qué era lo que estaba pasando. De seguir allí iba a tener que escribir el artículo desde la BlackBerry. No sería la primera vez.

José Luis Cortez, su jefe, le había dejado entrever que no estaba demasiado contento con su desempeño aquella misma mañana en los servicios del periódico. Mientras él meaba y miraba las baldosas que había frente a su cara, entró y se situó, como mandan ciertas normas no

escritas, en el urinario que estaba en el punto más lejano y, sin apartar tampoco la vista del frente, empezó a hablar con Héctor Álvarez:

—¿Cómo lo llevas, Héctor?

—Bien, supongo que bien...

—Últimamente no parece que estés muy... —su jefe parecía buscar la expresión adecuada—, demasiado centrado.

Héctor Álvarez se sacudió, subió la cremallera y accionó el botón de la cisterna. Algo le decía que tenía que haber meado en uno de los cubículos cerrados. Mientras se lavaba las manos esperó a que su jefe acabase. Este lo hizo y, esta vez sí, ocupó el lavabo contigo.

—¿Tienes alguna queja de mi trabajo?

—No. Tu trabajo siempre ha sido profesional.

—¿Entonces?

Detuvieron el diálogo mientras usaban el escandaloso secador de manos eléctrico. Héctor Álvarez aprovechó para intentar adivinar por dónde le iba a venir Cortez, aunque creía saberlo.

—Pues ese es el problema. Eres profesional, simplemente profesional. Sabes que siempre has sido uno de los mejores de mi equipo y, últimamente, es difícil encontrarte la raza, y yo sé que la tienes.

Héctor Álvarez no contestó. ¡Qué raza ni qué hostias! Él siempre había querido ser historiador. Acabó haciendo periodismo para no morir de hambre, y ahora se estaba muriendo de puto asco, de hastío y de rencor. José Luis Cortez siguió con su discurso.

—Mira, Héctor, solo quiero que sepas que me tienes aquí. Para lo que necesites. Si puedo ayudarte de alguna manera, házmelo saber.

José Luis se fue llevándose las manos aún mojadas, lo que indicaba que él tampoco se había sentido cómodo con aquella conversación.

Héctor Álvarez no se la pudo quitar de la cabeza en todo el día, y todavía pensaba en ella cuando volvió a mirar el reloj. Ya eran más de las seis y media. Llevaba casi cuarenta minutos parado, sin moverse ni un milímetro. Cada vez le quedaba menos tiempo para llenar un par de páginas del periódico antes de que se cerrase la edición. Abrió la puerta de su coche, sacó una pierna fuera y se levantó, apoyando el brazo sobre el techo escaqueado del Cooper. A unos trescientos metros podía ver como se levantaba una cortina de humo junto a una gran hormigonera. Sin duda había ocurrido algo relevante. Probablemente una colisión múltiple. La congestión en la principal vía de acceso a Bilbao era absoluta y no circulaban coches en ningún sentido. Con un

poco de suerte habría allí mismo una noticia que llevarse al morral.

3

«¡Hostias!» El suboficial Peio Bazako agarró con fuerza el volante y aplicó bruscamente los frenos del Volkswagen Passat para evitar darse de bruces contra la hormigonera roja y blanca, después de esquivar la pesada bobina de acero que había caído a la calzada. Afortunadamente, consiguió que el coche pasara a solo unos centímetros del camión siniestrado. Había trabajado durante casi quince años como agente en una patrulla de tráfico. En ese tiempo había asistido a víctimas de miles de accidentes de carretera, algunos de ellos absolutamente dramáticos pero, lo que nunca había hecho hasta la fecha era presenciar uno en directo.

El Audi A3 se incorporó a la autopista a gran velocidad y, cuando vio su trayectoria bloqueada por la hormigonera roja y blanca, hizo una maniobra brusca de adelantamiento invadiendo el carril por el que circulaba un pequeño Daewoo Matiz verde que, para evitar la colisión, dio un volantazo hacia la izquierda justo en el momento que el Porsche Cayenne tostado lo estaba sobrepasando. Fue un pequeño roce, pero suficiente como para que el Daewoo rebotase y saliera disparado, girando sobre sí mismo, hasta empotrarse bajo la cabeza tractora del transporte especial que circulaba detrás, que frenó, bloqueando las ruedas de su cama de transporte, sobre la que se encontraban dos pesadas bobinas de acero en plancha. Su conductor intentó evitar la colisión contra el pequeño coche por medio de un brusco contravolante, pero solo empeoró la situación al provocar una tijera, cuyo arco barrió tres de los cuatro carriles existentes en sentido a Bilbao, arrastrando en su trayectoria a un Clase C, un Renault Laguna, un Jaguar X-Type y un Opel Astra. Una de las bobinas que transportaba salió disparada, saltando la mediana y reventando contra un camión de transporte de áridos que, a su vez, perdió el control y, en un viaje descontrolado hacia el quitamiedos, se llevó otros tres o cuatro coches irreconocibles antes de volcar e inutilizar la mayor parte de los carriles en sentido Santander. Un autobús escolar, afortunadamente vacío, que circulaba a continuación

intentó aprovechar el poco espacio libre que había dejado el volquete pero no lo consiguió, chocando finalmente contra el guardarraíl y dejando totalmente inutilizada la autopista debido a una serie de colisiones por alcance que afectaron a otros quince o veinte vehículos en ambos sentidos.

El conductor del Audi A3 siguió su marcha desenfrenada ajeno, en principio, al desastre que había provocado. Sin embargo, el conductor de la hormigonera —que consiguió eludir la colisión— detuvo su camión y se apeó para acercarse con las piernas todavía temblorosas y un extintor en la mano, hasta el destrozado habitáculo del Daewoo. Entonces, el suboficial Bazako comprobó que tiraba el extintor al suelo, se llevaba las manos a la cabeza y pedía a voz en grito:

—¡Santo Dios, que alguien llame a una ambulancia!

El hombre estaba fuera de sí. Peio había visto esa cara muchas veces antes así que, instintivamente supo que tenía que esquivar al enfurecido conductor del Cayenne que, indignado, pedía explicaciones; así como a la señora que, sangrando abundantemente por la ceja rota, ponía una pierna fuera del Laguna, medio aturdida por el impacto del airbag. Por un instante miró hacia atrás y vio el desastre en el que se había convertido la A-8. Iban a necesitar horas para arreglar aquel desaguizado. Llegó hasta el conductor de la hormigonera que había empezado a vomitar junto a la mediana, al mismo tiempo que el chófer de la cabeza tractora conseguía salir, cojeando, por la puerta del copiloto de su camión. Cuando llegó hasta el Matiz vio la cara de la chica, blanca, mortecina. Apenas tendría veinte o veintidós años. La campana del volante motor le aprisionaba el regazo. Tenía los labios de un violeta pálido. Había manchas de sangre por toda la tapicería y por debajo de la bolsa del airbag se escurría mucha más. Una de sus piernas había sido seccionada por la brutal fuerza del impacto. A ciertas cosas no te acostumbras jamás. Peio Bazako sintió un escalofrío en su espalda y un amargo nudo en su garganta al contemplar el cuerpo aún caliente de la joven a través del amasijo de hierros. Acercó la mano a su cuello y comprobó que no tenía pulso. Se estremeció al pensar que, tan solo unos segundos antes, aquella muchacha aún se encontraba llena de vida. No imaginaba cuánta. Hacía tan solo un instante, aquel despojo había sido un organismo plenamente funcional y, en un momento, se había convertido en una dama rota, inservible, reventada y deprimente. Pensó que en ese mismo instante todavía se estarían intentando establecer algunas débiles, ulteriores y dispersas interconexiones neuronales en su cerebro, advirtiendo estérilmente de que existía un fallo en el sistema, de que la sesión se estaba cerrando. En aquel

momento, el teléfono móvil de la joven empezó a sonar con insistencia y, por efecto del vibrador, se movía nervioso por entre la alfombrilla empapada en sangre. En la pantalla, un nombre: Óscar.

Le vio conformarse entre todo el caos circundante, como una imagen que surge lentamente entre la difusa niebla:

—¡Peio! —saludó Héctor Álvarez.

—¿Héctor?

Héctor y Peio habían sido compañeros de clase y vivían ambos en Negurigane. Seguían quedando a menudo para jugar un partido de futbito con amigos comunes y después solían tomar un par de cervezas. El periodista aprovechó la coincidencia para tratar de obtener algo de información.

—¿Qué hostias ha pasado? —quiso saber el periodista.

Héctor Álvarez había saltado la mediana para recorrer caminando los trescientos metros que le separaban del lugar de la colisión, con la esperanza de que hubiese una noticia de suficiente interés como para llenar el espacio de las páginas de *Ciudadanos* del viernes.

Peio Bazako le puso al corriente de las circunstancias del accidente y le proporcionó las supuestas iniciales de la joven fallecida. Después pudo mantener una corta conversación con el chófer del autobús y con el de la hormigonera y había empezado a hablar con el conductor del Cayenne cuando Jon Ander —el compañero de Peio Bazako— le advirtió de que en unos minutos iban a quedar despejados un par de carriles de la autopista, así que le recomendó que volviese a su coche antes de que entorpeciese la circulación. Héctor Álvarez consideró que tenía material suficiente, así que dio las gracias a su amigo y volvió caminando hacia su Mini Cooper, contestando de manera poco concisa y con evasivas a los conductores que, atrapados desde hacía casi una hora y media en aquel infierno, le preguntaban qué coño era lo que estaba ocurriendo.

Llegó a su coche y circuló lentamente hasta que estuvo a la altura del punto del accidente, momento en el que vio que Peio Bazako le hacía una seña con la mano para que se detuviese. Se acercó a la ventanilla del Mini Cooper y le dijo:

—Creo que tengo algo interesante para ti.

—¿Es algo realmente interesante?

—Igual te da hasta para escribir un libro. Han llamado de la

autoridad portuaria de Bilbao. Dicen que tienen un buque fantasma.

—¿Un qué? —preguntó Héctor Álvarez con incredulidad.

—Un buque fantasma. No tengo ni puta idea de más. Parece que es un galeón pirata o algo así. Nos acaban de llamar porque ha ocasionado un accidente dentro del puerto y tenemos que ir a levantar un atestado así que, si te interesa, síguenos. Está en el puerto de Santurtzi, en el muelle A-2.

—¿Tenéis competencias en el puerto de Bilbao?

—No, excepto en asuntos de tráfico y de accidentes laborales. Según han dicho, durante el ataque se ha desprendido una porción del casco y ha herido de gravedad a un estibador. Lo están trasladando al hospital de Cruces con una fuerte hemorragia. Eso nos permite ser los primeros en iniciar la investigación. Qué, ¿te apetece o no?

No le apetecía una mierda. Las alubias habían formado un engrudo junto con los dos o tres lingotazos que le había pegado al patxarán casero hecho por Jokin, que sabía a todo menos a patxarán, pero que, aun así, era un brebaje que entraba con facilidad; y ahora sentía la boca seca, un calor sofocante en la cara, sudores por todo el cuerpo y el estómago como una lavadora en pleno centrifugado. Pese a ello, respondió:

—Sí, sí. Te sigo...

Héctor Álvarez desvió su coche hasta colocarlo detrás del Passat de Peio mientras mil preguntas acudían a su cabeza. Sinceramente, esperaba que lo del barco fuera algo bueno; de lo contrario tendría un problema con Cortez, ya que iba a aparecer en la redacción del periódico fuera de hora y con un tema de fantasmas entre manos. Y con unas ganas espantosas de ir al baño.

El suboficial de la Ertzaintza se dirigió hacia su coche, comentando en voz alta:

—Han dicho que parece tener cientos de años y supongo que esa gente, de barcos, algo tienen que saber.

4

El Galdames era un remolcador que prestaba servicio en el puerto de Bilbao. La Policía Portuaria había requerido sus servicios para salir en busca de un buque, avistado por el atunero bermeano *Agur Zuberoa*, que parecía estar navegando a la deriva, aproximándose peligrosamente a las costas vizcaínas. Si bien los tripulantes del Galdames habían sido previamente advertidos de que no se trataba de un barco normal, su sorpresa fue mayúscula al encontrarse en plenas aguas del Cantábrico los restos de una primitiva carraca que desplazaría unas 150 toneladas. Aparecía desencuadrada, con el casillaje colapsado y totalmente desarbolada: sin mastelero de gavia ni trinquete ni mesana ni bauprés. Aprovechando que la mar estaba en calma se aproximaron hasta una distancia prudencial, buscando una manera óptima de sujetar una estacha a algún punto suficientemente sólido de la estructura que les permitiese remolcar a aquel viejo cascarón. Una vez situados a babor, a escasos quince metros, pudieron comprobar que el casco se encontraba en un avanzadísimo estado de descomposición, manteniéndose milagrosamente a flote entre los inquietantes crujidos de su maderamen, gracias a unos degradadísimos cintones y bulárcamas de madera que servían de refuerzo a la estructura. Debido a su lamentable estado de conservación, los bicheros que utilizaban para mantenerse a una distancia prudencial penetraban la madera como si fuese corcho. Finalmente localizaron los restos de una argolla medio devorada por el salitre a un par de metros sobre la carena, en el tajamar, que parecía estar asentada con suficiente solidez a la estructura. Tras unos primeros intentos y con una cierta dificultad, consiguieron fijar el cabo e iniciar el remolcado.

A Antonio Manterola, práctico del puerto de Bilbao, le fue cambiando el semblante según se acercaban a la nave y, cuando por fin pudo observar con mayor nivel de detalle aquellos restos, no pudo reprimir un grito de sorpresa:

—¡Joder! Tres palos y unos treinta metros de eslora... tiene que ser

una réplica de las carracas que surcaban los mares en el siglo XV o XVI.

Guillermo Esteban, patrón del Galdames, no quitaba ojo a la curiosa embarcación:

—Tal vez sea una de las que se hicieron para los actos de celebración del quinto centenario. ¿No había desaparecido una?

—Se hundió en Isla Cristina en el 91 —recordó Manterola.

Aitor Miguel, marinero del Galdames, se apoyaba en la bita de popa mientras que, entre los dientes, mordía uno de esos cigarrillos de plástico que llevan un algodón impregnado en mentol en su interior. Dicen que sirven para dejar de fumar, pero no es verdad. Sirven para que el próximo cigarro sepa como el culo. Escupió por la borda y negó con la cabeza. Se sacó el cigarrillo de la boca y, manteniéndolo en vertical a pocos centímetros de su cara, afirmó:

—Esta hija de puta no es ninguna réplica...

La maniobra de ataque estaba prevista para que se hubiera efectuado en el dique de Punta Lucero, que era el más próximo al lugar en el que fue localizado el barco. Sin embargo, durante la aproximación, la argolla que mantenía unidas ambas embarcaciones se partió y la carraca inició una lenta deriva manteniendo un rumbo propio, se podría incluso decir que obstinado, con rectificaciones y variaciones de curso que parecían estar siendo realizadas a voluntad, hasta efectuar un ataque perfecto en el muelle A-2, uno de los terminales de contenedores del puerto de Santurtzi. Parecía como si el propio barco, desangrado, lastimado y moribundo, hubiese escogido el lugar más seguro y confortable para terminar su derrota, como un cetáceo varado en una playa, deteniéndose al resguardo de una escollera de 350 metros que lo protegía de las embestidas traicioneras de mar abierto.

El primer hombre que se acercó al viejo barco, un estibador del puerto, fue golpeado por un fragmento de balastrada de la toldilla que se había desprendido desde una altura de unos ocho metros, produciéndole una importante contusión en el cráneo a la altura de la nuca. Inmediatamente había sido trasladado al hospital y en el suelo del muelle había quedado un fragmento de madera labrada sobre un gran charco de sangre.

Rápidamente se corrió la voz entre el resto de estibadores, el personal auxiliar, los bomberos y la policía del puerto, de que el barco

estaba maldito. Pronto empezaron a correr rumores y aseveraciones de carácter esotérico y, entre los muchos comentarios, alguien recordó el caso del *Mary Celeste* en el siglo XIX, que fue encontrado junto a Las Azores abandonado e intacto pero sin tripulación, o el del *Baychimo* que, habiendo quedado atrapado por los hielos en el océano Ártico, fue abandonado en 1931, aunque siguió siendo avistado a lo largo de 38 años, en los que mantuvo una ruta errática por los distintos océanos sin que nunca pudiera ser rescatado.

Antonio Manterola miraba con atención la obra muerta del navío. Si aquel era el estado de la parte que no estaba en contacto continuo con el agua, no quería ni pensar en cómo se encontraría la carena. No quedaban restos de estopa y brea entre el maderamen. Era absolutamente imposible, desde el prisma de la lógica y del sentido común, que aquella mole continuase flotando. Por el estado de la madera se podría asegurar, a simple vista, que aquel barco superaba de largo los ciento cincuenta años de antigüedad. ¿Qué demonios era aquello que tenía delante? ¿De dónde venía exactamente? ¿Cuál era su antigüedad? ¿Cómo cojones se habría mantenido a flote durante décadas, a saber cuántas, sin ser avistado por otro buque, mientras surcaba las aguas de un mar cada vez más pequeño y más controlado por radares, sónares ROV/UUV y Sistemas de Información Geográfica, en donde una ortofoto podía mostrar detalles de hasta unos pocos centímetros de cualquier punto del globo terrestre? ¿Cómo podía haber superado una época, la de la guerra fría, en la que americanos y soviéticos dedicaron cantidades ingentes de dinero para mantener el control y la vigilancia sobre cada mol de agua de los mares y océanos del planeta Tierra? ¿Cómo podía haber pasado desapercibido ante millones de pares de ojos que barren, con la frecuencia de un haz de electrones en un tubo de rayos catódicos, las costas y los mares del mundo año tras año? Y sobre todo: ¿cómo podía una estructura, sin estar sujeta a procedimientos de calafateado regular, ni a procesos de raspado y engrasado del casco, ni a tratamientos específicos para la madera, ni a una adecuada imprimación y pintado, ni a un bombeo regular de las aguas de su sentina, mantenerse en contacto con las destructivas propiedades del agua marina a lo largo de tanto tiempo? ¿Acaso la nave había sido correctamente conservada, entretenida y preservada hasta fechas relativamente recientes? Y si eso era así, ¿por quién? ¿Para qué? ¿Por qué aparecía ahora en unas de las aguas, las del golfo de Vizcaya, más exigentes y duras para la navegación? Manterola tenía muchas más preguntas que respuestas, así que sufrió una fuerte decepción cuando Jon Ander, el agente de la Ertzaintza recién llegado, empezó las labores de acordonamiento de la zona y ordenó a los

curiosos que se daban cita junto al barco que abandonasen la zona.

Eran poco más de las ocho y diez de la tarde cuando llegó hasta el muelle A-2 una plataforma telescópica móvil que había sido solicitada por Peio Bazako a las Autoridades Portuarias. El sol estaba ya próximo al horizonte aunque, posiblemente, ofreciese todavía suficiente luz durante una hora y cuarto. Desde el muelle se podía ver que la cubierta era impracticable hasta el punto de que, seguramente, sería más prudente hundir el barco y recorrerlo interiormente por medio de equipos de buceo antes que arriesgarse a acceder a su interior. ¿Soportarían los baos el peso de una persona? Peio Bazako intentó ver algo a través de los grandes agujeros del maderamen, pero solo pudo distinguir una amenazante negrura. Tras unos minutos de duda, el suboficial se dirigió a su coche, abrió el maletero y sacó una gran linterna y un par de rollos de cuerda de alpinista con sus correspondientes arneses y mosquetones. Hizo una seña de invitación a Héctor Álvarez y subieron en la cesta de la elevadora junto al operario que la manejaba, con la intención de comprobar si el maderamen de la cubierta principal era transitable. Según ascendían observaron toda suerte de algas, conchas, sedimentos, defecaciones de gaviota y múltiples parásitos marinos incrustados en la madera que pasaba a escasos centímetros de sus narices. Incluso les pareció ver un cangrejo ocultándose con celeridad en una de las muchas grietas que surcaban el casco. Héctor Álvarez acercó la mano hasta una de las cuadernas que actuaban de ligazón del maderamen y que recordaba, ciertamente, a las costillas al aire de una bestia devorada por los buitres, y la golpeó con los nudillos. A pesar de su frágil aspecto y de su lamentable apariencia, se mostraba sólida como una roca, reforzada tal vez por los sedimentos calcáreos que abrazaban la estructura, protegiéndola e impermeabilizándola como si de un exoesqueleto se tratase. Bazako pensó que si tuviese que buscar alguna explicación plausible a la flotabilidad de la nave la encontraría en la existencia de colonias ramificadas de corales marinos embutiendo su carena. Estos pequeños pólipos eran capaces de fijar sobre sus tejidos el calcio disuelto en el agua del mar, formando estructuras rígidas y extraordinariamente compactas. El casco que tenían delante parecía estar conformado por una masa carnívora y colectiva en crecimiento continuo a través de los siglos. Peio Bazako pensó que aquella bestia estaba adormecida pero viva y no pudo evitar sufrir un brusco escalofrío en su espalda. Aquel viejo bajel se había convertido, con el paso del tiempo, en una especie de ser vivo colectivo de descomunales proporciones, ajeno a su propia realidad, errante y en continua regeneración celular, creciendo y mudando a través de los años, alimentándose de una mar que, en teoría, hubiera estado llamada a

desintegrarlo paulatinamente pero que, ahora, era la que le procuraba alimento y un entorno en el que desarrollarse en plenitud. Intuyó que el simple alejamiento del elemento marino durante un puñado de horas bastaría para que la vieja carraca se descompusiese a ojos vista, dejando como restos poco más que un puñado de estructuras calcáreas en proceso de desintegración y un fuerte olor a pescado podrido.

Cuando el elevador se detuvo, el *ertzaina* se apoyó sobre la borda de cubierta y, tras comprobar que era suficientemente resistente, acercó la cabeza para escuchar. Lo único que llegaba hasta sus oídos era el sonido del agua golpeando contra las paredes del bajel y reverberando en su casco. Se inclinó un poco más y pudo ver que no quedaban demasiados restos de la cubierta. Afortunadamente, la porción de suelo de babor más cercana a la tolda mantenía un aspecto, a primera vista, suficientemente sólido. Miró a Héctor con cara de resignación, afianzó el mosquetón a la barandilla del elevador y comprobó que era suficientemente resistente. Se calzó el arnés en el otro extremo y, sólo entonces, dio un paso y puso el pie en cubierta. Una vez allí lo notó por primera vez.

Era como si el mundo hubiese entrado en un tenso silencio. El viento, el oleaje, las gaviotas, los característicos sonidos de tierra firme amplificados por el agua... todos fundieron en cuanto cruzó el umbral de la borda. La temperatura descendió hasta estabilizarse en unos 15 o 16 grados centígrados. Pensó que aquella sensación era producto de su propio miedo y se obligó a seguir adelante. Estaba bien sujeto por el arnés y no corría ningún riesgo. A lo sumo, estaba expuesto a un buen susto, que incluso le vendría bien para aderezar la historia cuando la contase en comisaría. Tenía claro que había tomado las precauciones necesarias y en el mismo instante en que considerase que la investigación ponía en riesgo su integridad física, suspendería, sin dudar, la operación. Miró hacia la proa y comprobó, una vez más, que era absolutamente desaconsejable seguir esa ruta. El castillo estaba prácticamente destruido sin que quedara rastro alguno del anclaje del bauprés. Se podían observar los restos de un acceso abierto en el que se conservaba el escobén de la amura de estribor y lo que debió ser un yunque transversal destinado a recoger los cabos de las anclas. El suelo de cubierta alrededor de la escotilla de carga y del acceso al rancho de los proeles no había resistido el paso del tiempo y de él solo quedaban algunas tablas que apenas sujetaban el costillar de un batel, por lo que Peio Bazako supuso que la tripulación no tuvo la oportunidad —o la intención— de abandonar nunca la carraca. Sin embargo, la tolda mantenía aún buena parte de su maltrecho maderamen a babor. El

ertzaina dio instrucciones al operario para que moviese el elevador en paralelo a la cubierta para poder quedar sujeto a la barandilla en caso de que fallase la madera sobre la que se apoyaba. Entonces, se volvió a Héctor Álvarez y le dijo:

—Espérame aquí. Esto puede ser peligroso.

—¡Ni de coña! —Exclamó Héctor Álvarez saltando al barco antes de que Peio Bazako pudiera impedirselo—. Además, puedes necesitar ayuda.

Peio Bazako consintió. De alguna manera le tranquilizaba tener a alguien a su lado en el interior de aquel extraño almacén. Con mucha cautela, avanzaron hasta llegar al alcázar de popa. Frente a ellos había unas escaleras que probablemente daban acceso a la cámara del capitán, que supuestamente estaría bajo la toldilla. Peio Bazako miró al periodista con una sombra de duda, pero este hizo un gesto afirmativo y decidido, así que después de dar un par de instrucciones al operario de la elevadora y de volver a comprobar sus arneses, subieron por ellas y se acercaron al umbral de una puerta por donde el suboficial introdujo su cabeza:

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

Peio Bazako sabía que no podía haber absolutamente nadie en aquel lugar, sin embargo hizo la pregunta de manera automática, como si se limitase a seguir el manual. Iluminó las paredes de la cámara con la linterna y comprobó que prácticamente no había nada. En un lateral se encontraban los restos de lo que en su día debió ser un catre y en el centro había una mesa que mostraba un estado bastante bueno en comparación con el resto de objetos de madera que tenía el barco. La toldilla se había venido abajo y la luz entraba en abundancia sobre el centro de la estancia. Un profundo olor a mar y putrefacción se acercó sigiloso hasta sus pies, reptó entre sus piernas y alcanzó el torso de los expedicionarios hasta que se hizo omnipresente. Parecía salir de entre los restos de una antigua lombarda deformada por el óxido, apoyada junto a la mesa del capitán. A su lado, en el suelo, se veía un pequeño agujero. Peio Bazako se arrastró hasta él y se tumbó sobre la madera podrida para distribuir su peso de manera uniforme. La presencia de zonas de color más claro en el borde desgarrado de la madera le hizo suponer que aquel orificio era relativamente reciente. Introdujo la linterna y miró con sorpresa hacia el interior. Aquello no tenía mucho sentido. La cámara era amplia, de unos cinco por seis metros, y estaba cruzada por la caña del timón en su parte central. En el fondo se podía observar un barril sujeto a una pared lateral y una pequeña caja, parecida a un cofre, cerrada, así como los restos de lo que parecía haber

sido en su día una campana, que seguramente habría caído a plomo desde la toldilla, traspasando la cámara del capitán. También pudo distinguir la bitácora, con su aguja de marear y su linterna, en un estado sorprendentemente extraordinario. Parecía más un artículo de decoración comprado en una tienda de suministros náuticos que los despojos que, por lógica, habrían de encontrarse en un barco que hubiese errado en solitario durante décadas por las aguas del planeta. Llamaba la atención el estado de aquel entrepuente y de todo cuanto contenía. Permanecía seco a simple vista y mejor conservado que el resto del barco. Se podría pensar que, hasta hacía bien poco, había estado totalmente protegido de la acción degradante del salitre y de la capacidad destructiva del paso del tiempo. Las paredes aparecían limpias, libres de sedimentos y la madera, aunque sin barnizar ni tratar, se mostraba clara, lisa y suave.

Peio Bazako hubiese dado por bueno todo lo visto; sin embargo, la presencia de aquel cofre había conseguido taladrarle el cerebro y decidió seguir adelante con una investigación que, en principio, solo tenía como fin comprobar si había algún tipo de tripulación a bordo. El suboficial repitió entonces, con mayor seriedad, la orden previa:

—Espérame aquí. Voy a ver qué hay ahí abajo y subo. Estate atento, esto es peligroso.

El *ertzaina* ya no tenía edad para muchas genuflexiones; sin embargo bajó por la cuerda con mayor agilidad de lo que podría imaginársele. Nada más llegar al fondo miró alrededor y comprobó que había una puerta entreabierta a su derecha, desde la que se podía salir a la porción de la tolda a la que les había sido imposible acceder por el mal estado del forro de cubierta. Con precaución, soltó su mosquetón y se acercó hasta ella. Cuando volvió al centro de la estancia descubrió, sin demasiada sorpresa, que Héctor Álvarez no le había hecho ni puñetero caso y se esforzaba torpemente en descender hasta la cámara. Pensó reprenderle por su desobediencia pero, en el fondo, se alegró de tenerle allí, junto a él, ofreciéndole una estúpida y ficticia sensación de seguridad. Señaló con el dedo el cofre que había en un costado y ambos se dirigieron hacia él. Su estado era lamentable: hinchado y putrefacto, aunque perfectamente cerrado. Peio fue a sacar algo de su cinturón cuando se produjo un fuerte estrépito que le nubló la razón. El susto producido por el estallido fue prontamente sustituido por una sensación de vértigo y, solo centésimas de segundo después, fueron conscientes de que les había faltado el suelo bajo los pies y habían iniciado una frenética caída hacia las entrañas de aquel maldito buque. Peio Bazako se desplomó unos dos metros y medio sin gritar, golpeando contra el

maderamen de la bodega que apenas opuso resistencia y cedió, hundiéndole otros 70 centímetros en las aguas de la sentina. Estaba literalmente incrustado en el suelo de la bodega, como un dardo humano. Héctor Álvarez se quedó colgando del arnés, a poco más de un metro por encima de él. Le temblaba todo el cuerpo. Recobró el aliento y preguntó asustado:

—¡Peio! ¿Estás bien?

—Creo que me he jodido un tobillo.

—Hostias, espera, que voy a intentar bajar para ayudarte.

—¡No! Ni se te ocurra. El suelo está totalmente degradado y solo conseguirías quedarte aquí, atrapado como yo.

—¿Se te ha roto la cuerda?

—No. Me había soltado para llegar hasta la cubierta. —El suboficial se sentía como un completo idiota mientras lo contaba—. Será mejor que intentes subir y le pidas ayuda a mi compañero. ¡Joder! Esto apesta...

—¡Déjate de hostias! Llámalo tú por el *talkie*.

—No creo que funcione. Se ha sumergido en el agua de la sentina.

—Bueno, pues le llamamos por teléfono. No te preocupes. ¿Funciona la linterna?

—Se me ha caído.

Apenas entraba luz desde la cámara del timón. Héctor Álvarez esperó a que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad y sacó la Blackberry con el objetivo de usar la luz de retroiluminación de su pantalla como fuente de iluminación. No sirvió de mucho, pero permitió excitar el reflectante de la linterna del oficial del *ertzaina*, que estaba a escasos centímetros de la espalda de su dueño.

—Mira, ¡ahí la tienes!

Peio se giró y la alcanzó. Comprobó, con satisfacción, que aún funcionaba. El haz de luz iluminó la bodega que, a simple vista, parecía estar totalmente vacía, excepto los restos del cofre, reventados contra el suelo, y los del tonel, cuyas duelas se habían separado, dejando que escapase de su interior una especie de pasta viscosa, densa y aparentemente pegajosa, parecida a la manteca de cerdo. Ambos le habían acompañado en su caída hacia las entrañas del maldito barco. El *ertzaina* hizo una mueca de dolor al incorporarse e intentó afianzar el pie bueno. Viendo que le resultaba enormemente doloroso erguirse, se apoyó sobre sus manos y se deslizó lentamente fuera de la sentina. Apuntó la linterna hacia arriba y dijo con preocupación:

—¡Qué asco! Es repugnante. A ver cómo coño salgo ahora de aquí.

Héctor Álvarez seguía colgado del arnés, balanceándose como un jilguero en el columpio de una jaula y observando la situación con una preocupación creciente. El *ertzaina* empezó a arrastrarse hasta los restos del cofre. Los herrajes habían reventado y su interior contenía una especie de pasta grisácea.

—Deben ser los restos de algún tipo de documento, informó a Héctor.

—¿Hay algo escrito?

—No se puede saber. Son como una especie de cenizas húmedas... no sé. Está demasiado degradado.

—Y en el cofre, ¿pone algo?

Peio Bazako cerró lo que quedaba de la tapa y acercó la linterna:

—Aquí pone «La Oama» o algo así.

—¿La Oama?

—No se lee bien. Está escrito con letras muy antiguas. Puede ser La Qama... las minúsculas se leen bien, pero la primera letra está prácticamente ilegible.

—¿Podría ser una «D»?

—Sí, tal vez.

—«La Dama». Tiene sentido. ¿Crees que puede ser el nombre del barco?

—Ni puta idea...

—¿Qué más hay?

—Espera.

Peio Bazako siguió buscando entre los restos del cofre. En el fondo encontró lo que a simple vista parecían ser tres o cuatro piedras volcánicas pegadas entre sí: negruzcas, de forma circular y aplanada. Las guardó en el bolsillo de la camisa.

—Creo que pueden ser monedas antiguas. No hay nada más.

—¿Y en el barril?

El suboficial de la Ertzaintza se desplazó como pudo hasta donde estaban los restos del tonel. En su interior, saliendo por entre la materia blanquecina que contenía y que se empezaba a diseminar por el suelo, vio un objeto oscuro.

—Aquí hay algo.

—¿Qué es?

—No tengo ni puta idea —respondió entre jadeos—. Está en mitad de esta grasa o cera o lo que sea. ¡Es asqueroso!

—Sácalo.

Peio lo extrajo de entre aquella sustancia con una mueca de repugnancia en su rostro.

—¡Puaajjjj! Es una especie de paquete, algo envuelto en una tela viscosa. Pesa bastante y está bien conservado, aunque apesta. Entonces se lo introdujo en el pecho, entre el arnés y la camisa. Luego se quitó los restos de la sustancia pegajosa de sus dedos con un Kleenex que sacó del bolsillo de su chaleco y dijo:

—Será mejor que busquemos una manera de salir de aquí. Se me está hinchando el pie y cada vez me duele más.

Fue en aquel preciso instante cuando se estremecieron al escuchar el fuerte crujido. Primero sintieron un cierto vértigo, como si el barco estuviese intentando sacárselos de encima, algo parecido al espasmo de un toro mecánico. Peio Bazako se tuvo que sujetar con fuerza para no rodar por el suelo y Héctor Álvarez sintió una fuerte sacudida en el arnés. Pudieron escuchar un golpe seco por la banda de estribor y el crujido de la madera. Cuando parecía que el barco detenía su brusco movimiento escucharon un nuevo sonido, parecido al que hace una sandía al rasgarse por la acción de un cuchillo, aunque mil veces amplificado. Después nada. Silencio absoluto. Peio Bazako sintió, por segunda vez, la misma sensación de quietud y frío intenso que le invadió en cuanto abordó la cubierta de la carraca. Pocos instantes más tarde, empezó a entrar agua a borbotones desde la sentina a través del agujero que había producido al caer. El periodista se quedó mirando la escena en medio de un pánico distante, como si él fuera un mero espectador desde el salón de su casa, asustado pero a salvo, tensamente sumergido en una situación espectacular pero resoluble. El *ertzaina*, en cambio, fue arrastrado violentamente contra el casco y surgió al cabo de unos segundos de entre la espuma que salía del remolino que se estaba formando en la bodega, flotando junto a las duelas del barril, los restos del cofre y el haz de luz desenfrenado y desquiciante de la linterna. Braceaba desesperadamente para mantenerse a flote contra la fuerza del agua y soportaba el intenso dolor de su tobillo, a la vez que luchaba por no verse lastrado por el peso de su ropa empapada. Entonces, Héctor Álvarez sufrió un ataque de realidad y, azuzado por un azote de pánico histérico, se revolvió inútilmente en su arnés. Pudo ver a su amigo acercarse a él, como una marioneta desarticulada y a merced de la corriente, girando desenfrenadamente en medio de un sumidero inverso, golpeándose

contra las cuadernas del barco, quebrado como un pelele de trapo, luchando por seguir con vida entre gritos de auténtico terror y dolor, intentando sobrevivir a fuerza de ineficaces alaridos y manotazos espasmódicos y, de repente, se sintió solo, en un aparte; hundido antes de tiempo, huérfano, miserable y abandonado, allí, desde su ridícula atalaya, mientras se balanceaba en suspensión en el interior de la angosta cámara de la panza de aquel barco pútrido, monstruoso y misterioso, esperando a que el Cantábrico lo engullera. Entre el ruido ensordecedor producido por el agua y los berridos del *ertzaina* escuchó, en un plano absurdo, en una mera portadora de datos accesorios, el tono de llamada de su Blackberry, probablemente al servicio de su jefe de sección, seguramente reclamándole unos textos para *Ciudadanos*; al menos 60 líneas en Times New Roman a cuerpo 10; que, ciertamente, iba a ser difícil que pudiera hacérselas llegar a tiempo.

No pudo seguir haciendo cábalas. Primero se sintió fuertemente desplazado por un golpe de mar que llegó hasta él en medio de un ruido atronador. Curiosamente apenas sintió sensación de frío al sumergirse en el agua, pero tampoco tuvo tiempo de llenar sus pulmones de aire. Buscó torpemente el cierre de su mosquetón, pero sin conseguir quitarse de la cabeza la idea obsesiva de que necesitaba aire: mucho más del que tenía dentro de sus pulmones. Entonces dejó de preocuparse por la sujeción de su arnés y comenzó a batir pies y manos desesperadamente para llegar hasta una superficie en donde respirar. Apenas lo consiguió. Al emerger entre la espuma se golpeó la cabeza. Solo quedaba una minúscula cámara de aire entre el agua y el techo y estaba llena de irrespirable espuma, en que tampoco se podía flotar. Se encontraba completamente desorientado. Volvió a intentar soltar el mosquetón que le mantenía sujeto a la cuerda. Su cerebro era incapaz de reconstruir el dibujo sensorial que trazaban sus dedos, que recorrían el mecanismo una y otra vez sin que acertase a soltar su arnés. Cada vez le resultaba más difícil porque, segundo a segundo, se disparaba su nerviosismo. En su cerebro se desdibujaban todas las claves necesarias para salvar la vida. Abrió la boca y sintió como le entraba una cantidad importante de agua. Una pequeña parte pasó directamente a sus pulmones y el resto tuvo que bebérsela de un trago. Fue perfectamente consciente de su sabor, salado e intenso, que le produjo una aguda picazón en los ojos, como cuando estás a punto de estornudar. Casi no tenía aire pero algo en su garganta se le había cerrado, de tal forma que también le impedía seguir tragando agua.

Entonces pensó por primera vez que iba a morir en aquel lugar. Ese mismo día. En unos instantes. De manera estúpida. Golpeó inútilmente

con sus manos el maderamen que tenía sobre su cabeza, como un niño impotente durante una rabieta. Se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados. Pese a la repugnancia que le producía, se obligó a abrirlos dentro del agua y, al hacerlo, pudo ver un rayo de luz fugaz. Intentó seguirlo con la vista y se olvidó, por un instante, de que le ardían los pulmones. ¿Cuánto tiempo aguantaría la parte reptiliana de su cerebro, en contra de los esfuerzos de su yo consciente, en dar la orden refleja para que se abriesen a la desesperada, en una inhalación monstruosa, los esfínteres de su epiglotis, provocando el encharcamiento definitivo de sus pulmones? Abrió de nuevo los ojos y pudo ver, a escasos centímetros de su nariz, la cara de Peio, con los ojos muy abiertos; inexpresiva, sumergida e ingrávida; cimbreado al ritmo de la extraña danza que marcaban sus cabellos y los reflejos fantasmagóricos que producía la linterna que flotaba junto a él, con una importante herida abierta en su frente, que teñía de malva el agua a su alrededor y, sólo entonces, recordó que no era el único que estaba en aquel maldito infierno.

5

José Luis Cortez miró el cuadro de pulsadores del ascensor con impaciencia, como si su gesto intimidatorio tuviera la capacidad de condicionar al motor del artefacto para que incrementase su velocidad: pero todo fue en vano. Las puertas se cerraron con parsimonia y el período de latencia previo a la puesta en marcha se alargó hasta el extremo. Eran solo dos pisos, pero el jefe de sección pensó que estaba tardando mucho más de lo habitual. Ni siquiera esperó a que las puertas se abriesen del todo. Salió disparado hasta los cubículos en los que se ultimaban los detalles para cerrar la sección local y David, en cuanto le vio llegar, negó con la cabeza. Sabía de antemano lo que le iba a preguntar.

—No me coge el teléfono.

Cortez miró su reloj por vigésima vez en los últimos seis minutos.

—No podemos esperar más. ¿Qué tenemos en nevera?

—Tenemos una sobre el crecimiento de las zonas verdes de Bilbao en los últimos diez años.

—¿Qué hay de eso?

—Bueno, en cuanto terminen los proyectos de Arangoiti, Mendiarte y Mendigane habrá unos 24,5 m² de zonas verdes por habitante, frente a los seis que había en 1999, y muy por encima de los 15 que recomienda la Unión Europea.

—¿Es suficiente para llenar la dos y la tres?

—No, pero podemos complementarlo con un despiece sobre *El Anillo Verde*.

—¿Y eso qué cojones es? —preguntó el jefe de sección con impaciencia.

—El Área de Obras y Servicios del ayuntamiento ha publicado una serie de folletos y va a instalar unos paneles con información sobre las rutas, fuentes, senderos, áreas de recreo y servicios existentes en los

montes que rodean la ciudad. En total son unos 70 kilómetros y la información ha sido recopilada con la colaboración de montañeros y vecinos de Bilbao. Claro que lo ideal sería completarlo con una infografía, pero para eso sí que no tenemos tiempo.

—¿Qué más tienes?

—¿Sobre el anillo verde?

—No. De nevera.

—Bueno, es pronto para publicar, pero hay otra sobre una adaptación para invidentes de la obra *Mamma mia*, que se ha programado en el teatro Arriaga. Pero es una simple ampliación de una nota de Europa Press. Hemos hecho una entrevista a uno de los traductores simultáneos, aunque creo que queda muy corta para dos páginas. Y como te he dicho, hasta el día 19 no es la función, llevaríamos casi dos semanas de antelación.

—¿Traductores simultáneos?

—Sí. A los asistentes les proporcionan un auricular junto con la entrada, a través del cual un especialista les relata, en tiempo real, lo que está pasando en el escenario.

—¡Coooño!

—Sí, es curioso. Lógicamente está la ONCE detrás.

—El 15 hay sorteo extraordinario, ¿no?

—Sí. Entiendo que sería mejor hablar con CM Norte antes de publicar.

—No servirá para nada. Los de publicidad pondrán el grito en el cielo si publicamos esa noticia con tanta antelación... y más si ellos no han hablado aún con marketing de la ONCE... querrán cerrar el reportaje con los de la agencia.

—Además, se queda corta para dos páginas. —recordó David.

—¿Algo más?

—Sí, una chorrada sobre *merchandising* de la *Aste Nagusia*, pero está muy pasada de fecha.

—¡Coño!, el marketing llega a las Fiestas de Bilbao. ¿Van a hacer tazas con el careto de la *Mari Jaia*?

David no pudo reprimir una sonrisa.

—Algo así.

José Luis se detuvo un momento para pensar. A David le pareció ver un reloj de arena, como el de Windows, dando vueltas frente a su

nariz. Cuando ya parecía que se había bloqueado, levantó la cabeza.

—¡Vamos con la vaina esa del Anillo Verde! ¿En cuánto lo tienes?

—Dame cuarenta minutos.

—¡Tienes quince!

David se sentó a gran velocidad detrás de la pantalla plana de su ordenador y empezó a abrir carpetas.

—¡Amaaaaaa! Verónica me ha tirado las Pringles encima de mis Gormitis. ¡Y ahora las está pisando por toda la alfombra! ¡Verónica, «pónemelo» bien!

—Yo también «tere jugá».

—¡Quita-aaa!

Se acabó la paz. Laura escuchaba los gritos de sus hijos desde el piso de abajo. Como siempre, habían estado esperando a que ella se sentase. Dejó pasar un momento sin hacer caso, con el anhelo absurdo de que el conflicto se diluyera mágicamente entre el espacio que ocupaban ambos niños, sin que fuese necesaria su intermediación.

Estaba agotada. El día no había ido demasiado bien en el despacho. Se sentía muy mal desde que aquella puñetera jueza sustituta, ¡qué coño sabría ella, si no había tenido narices ni para sacar la oposición!, se había negado a visionar el vídeo en el que se veía, claramente, que la menor había sido condicionada por su madre para declarar en contra de su padre. No había sabido hacerle ver la importancia de visualizar esa cinta, entre otras cosas, porque desde el principio la había tenido de morros por llegar unos minutos tarde, y es que había sido difícil encontrar a alguien con quien dejar a los niños porque —justo a esa hora, ya es casualidad— Gladys tenía médico. No se podía quitar el desastre de la cabeza. Una vez más, había fallado a la hora de hacer suya la máxima de que los casos hay que llevarlos como ajenos y ganarlos como propios. Era importante ser capaz de perder en los tribunales con la misma actitud que si se hubiese ganado. Imposible. Con este caso, no.

Los últimos diez meses estaban resultando horribles. Al principio pensó que en el despacho le pasaban factura por el tiempo de baja maternal y la excedencia que se había cogido, y casi que lo entendía. Poco a poco fue viendo cómo a Luján, la nueva, la de los escotes estupendos, cada vez le pasaban los mejores temas de civil y ella se

tenía que conformar con los divorcios cutres y con alguna que otra herencia miserable en la que tres o cuatro hermanos, con la ayuda inestimable de sus respectivos cuñados, se arrancaban las vísceras a mordiscos con tal de atrapar la mayor parte de lo que se obtuviese de la venta del piso de la abuela, aquella a la que dejaron momificarse en vida.

—¡Verónica, no hagas eso! ¡*Amaaaa*, Verónica ha cogido un «rotu» y está pintando la pareeeeed!

Laura se levantó como una exhalación y se dirigió al dormitorio de los niños, conteniéndose para no matarlos en cuanto franquease el umbral. Estaba a solo dos metros cuando empezó a notar la transmutación: Laura, la mamá dulce y cariñosa, se estaba convirtiendo en la incontrolable *Marquesa del Grito-Pelado*. Entró en la habitación y ya, totalmente fuera de sí: transmutada, despelujada, irracional y absolutamente ajena a las más vanguardistas y plausibles pautas educativas; cien veces leídas, mil veces compartidas; se dejó llevar hasta un nuevo carnaval de histeria y exabruptos ante la mirada entristecida de sus criaturas, que intentaban darse mutua protección abrazadas y ovilladas en el extremo opuesto de la habitación.

—¡Me tenéis harta! ¡Verónica! ¡Te mato, fíjate! ¡Aitor, te he dicho mil veces que no le dejes un rotulador a tu hermana! ¡Te los voy a prohibir a ti también! ¡Castigada a la escalera! ¡Y cruza los brazos! ¡Ayyy, Dios! ¿Y ahora con qué quito yo esto, eh? ¡Mira! ¡Mira lo que has hecho! ¡Ya verás cuando venga tu padre! ¡La madre que te va a volver a pasear! Y tú, vete para tu cuarto, que te... que te... ni sé lo que te hacía. ¡Ya no aguanto más! Os vais a ir a un colegio. Internos. Los dos.

—*Amaaaa*, «tere» Sugus —confesó Verónica, de manera un tanto inapropiada.

—¡iiiQue te calles y te vayas a las escaleras!!! ¡Ahora mismo! ¡Y cruza los brazos!

—Pero es que yo «tere» Suguuus.

Aitor sacó la cabeza por el umbral de la puerta y se sumó a la petición.

—¡Y yo!

—¡Cállate ahora mismo y métete en tu cuarto!

—*Amatxuuuu* ya lo he pensado. Me voy a portar bien —aseguró la pequeña con la cara muy seria, ojitos de pena y el morrito manchado de tinta y migas de patatas fritas, mientras permanecía sentada en la escalera con los brazos graciosamente cruzados.

—iiiQue os calléis ahora mismo!!! iiiLos dos!!!

Laura se dio la vuelta e iba a la habitación en busca de su móvil, cuando oyó nuevamente la voz de Aitor:

—*Ama*, ¿en los colegios internos te meten en un cuarto con ratones si te portas mal?

—¡A tu habitación!

—¿Pero cuando sea *lunes-martes* me dejan venir a casa, con vosotros?

—¡Punto menos! Ya no tienes puntos. Le voy a decir a tu padre que no te compre el hámster.

—¡Nooooo!

—¡Al cuarto y a callar!

—Pero yo quiero mi hámmmmsteeer... —empezó a llorar amargamente Aitor.

Ya estaba dentro de su habitación cuando oyó que, desde el piso de arriba, llegaba otra pregunta de Aitor:

—¿Esta noche me vas a dejar ver *Pablo Motos*?

Laura levantó el iPhone del *dock* y empezó a pegar barridos por la pantalla hasta que localizó el teléfono de Héctor. Le hervía la sangre en las venas. Además, sentía un fortísimo dolor de ovarios. Desde luego, en otra vida ella quería ser hombre. Escuchó de nuevo la voz de Aitor:

—¡*Amaaaa*! ¿Voy a poder ver *Pablo Motos*?

«Le atiende el contestador Vodafone del seis-cinco-siete-siete – ocho-siete-cua...». Laura tiró su iPhone contra el nórdico con un extraño grito de impotencia, algo así como un «*hiiiiis*».

La voz de Aitor atravesó la madera de sapelli de la puerta de la habitación y llegó, nítida, hasta los tímpanos de una Laura, ya completamente fuera de sí:

—¿Cuando acabe Bob Esponja podemos poner *Pablo Motoooooos*?

Se levantó, subió hasta el cuarto de Aitor y, sin decir una sola palabra, le dio un par de azotes en el culo. Le escocía la mano. El niño, sorprendido y asustado, empezó a llorar desconsoladamente. Entonces salió de la habitación tan en silencio como había entrado, sintiéndose horriblemente culpable, cerró la puerta de un portazo e, iba a ver qué hacía Verónica tan callada, cuando se detuvo al escuchar el pitido que llegaba desde la cocina. Levantó los brazos en garras hacia el cielo y exclamó:

—iiiJodeeerrrrr!!!

La lavadora ya había terminado. Con estos niños marranos todos los días había que hacer una o dos coladas. Bajó a la cocina y empezó a sacar la ropa del tambor para meterla en la secadora. Entonces vio que las manchas de tinta de bolígrafo que estaban en el precioso polo rosa de Aitor, seguían allí, a pesar del tratamiento con el Kalia Oxiaction «yoquesé» Vanish Plus de los cojones. Si con eso no habían salido, ya no saldrían con nada. ¡No sabía con qué darle! ¡Un polo que solo tenía una puesta! ¡Sesenta euros a la mierda! Finalmente se derrumbó. Se apoyó contra la encimera de la cocina y fue dejándose resbalar hasta quedarse sentada en el suelo, con las rodillas junto a su cara, y empezó a sollozar amargamente. No quería, no sabía, no podía ser quien tenía que ser. No quería su vida. No era una buena madre, ni una buena abogada, ni una buena hija ni quizá una buena esposa. ¿Dónde coño estaba Héctor?, ¡joder!
